

ECUADOR Debate₁₀₉

Quito/Ecuador/Abril 2020

Protesta social y desgaste de la democracia liberal



De la pandemia sanitaria al pandemonio económico

La economía ecuatoriana, confronta diversas presiones contractivas

Conflictividad socio-política:
Noviembre/2019 –Febrero/2020

El retroceso de la democracia: la experiencia ecuatoriana

El estallido social chileno: ¿crisis de un modelo neoliberal o crisis de la ideología del crecimiento?

La democracia colombiana en tiempos de movilización social ¿Manifestaciones de una crisis orgánica?

Excepción y contrarrevolución global

Democracias por venir y mundos por construir en el escenario posconflicto colombiano

Estallido social, crisis política y solución constitucional en Chile. Lecciones a partir de los acontecimientos del 18 de octubre de 2019

La plasticidad de las estructuras comunitarias en los procesos de transformación del Ecuador rural

A propósito del tema: Estado y Nación en los pueblos amerindios

Maternalismo y política: Cynthia Viteri ¿“el hombre” o “la madre” de los ecuatorianos?

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinoza,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editora: Lama Al Ibrahim
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 51

ECUADOR: US\$. 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$. 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$. 7

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre, Quito

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

ARMADO E IMPRESIÓN

Edwin Navarrete, Taller de Diseño Gráfico

ISSN: 2528-7761

ISBN: número 109: 978-9942-963-53-6



ECUADOR DEBATE 109

Quito-Ecuador • Abril 2020

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-53-6

PRESENTACIÓN 3/6

COYUNTURA

- De la pandemia sanitaria al pandemio económico 7/16
Alberto Acosta
- La economía ecuatoriana, confronta diversas presiones contractivas 17/34
Wilma Salgado Tamayo
- Conflictividad socio-política: Noviembre/ 2019 – Febrero/2020 35/39

TEMA CENTRAL

- El retroceso de la democracia: la experiencia ecuatoriana 41/56
Pablo Andrade
- El estallido social chileno: ¿crisis de un modelo neoliberal o crisis de la ideología del crecimiento? 57/80
Antonio Elizalde Hevia
- La democracia colombiana en tiempos de movilización social ¿Manifestaciones de una crisis orgánica? 81/107
Jorge Orlando Blanco Suárez
- Excepción y contrarrevolución global 109/123
Marina Garcés
- Democracias por venir y mundos por construir en el escenario posconflicto colombiano 125/137
Javier Tobar y José Gabriel Tobar
- Estallido social, crisis política y solución constitucional en Chile. Lecciones a partir de los acontecimientos del 18 de octubre de 2019 139/156
Octavio Avendaño y María Cristina Escudero

DEBATE AGRARIO-RURAL

- La plasticidad de las estructuras comunitarias en los procesos de transformación del Ecuador rural 157/172
Emmanuel Fauroux

ANÁLISIS

- A propósito del tema: Estado y Nación en los pueblos amerindios
Luis Oquendo 173/195
- Maternalismo y política: Cynthia Viteri ¿“el hombre” o “la madre”
de los ecuatorianos?
Mónica Mancero Acosta 197/208

RESEÑAS

- Moral y orden. La delincuencia y el castigo en los inicios
de la modernidad en Ecuador 209/214
- La construcción imaginaria del Sur de Quito 215/218

El estallido social chileno: ¿crisis de un modelo neoliberal o crisis de la ideología del crecimiento?

Antonio Elizalde Hevia

*Lo que hay que afirmar para romper con la ideología del crecimiento:
Solo es digno de ti lo que es bueno para todos.
Solo merece ser producido lo que ni privilegia ni rebaja a nadie.
Podemos ser más felices con menos opulencia,
porque en una sociedad sin privilegios no hay pobres.*
André Gorz

Quienes iniciaron las protestas en Chile fueron los jóvenes, justamente aquellos, que de acuerdo a los creadores de este experimento social llamado neoliberalismo in extremis deberían ser los principales beneficiarios de un modelo que les ofreció cambiar su condición de ciudadanos. Hay una solidaridad latente muy profunda y un hondo sentido de justicia, anclados en nuestra condición humana, que se han hecho aquí manifiestos y, que la prédica insistente del individualismo durante décadas no ha logrado acallar; frente a la aparentemente avasalladora hegemonía de los mercados en todos los ámbitos de la vida, mantener vivas las esperanzas de que ¡otro mundo es posible!

Estamos cosechando lo que hemos sembrado

Observar mediante los noticieros y redes sociales, casi en vivo y en directo, los actos de vandalismo y saqueo, la destrucción e incendio de las estaciones del metro o de vehículos del transporte público, la obsesión de algunas personas por destruir todo lo que esté a su alcance, el uso permanente de artefactos incendiarios, el irrespeto absoluto por el otro que piensa distinto, el escaso profesionalismo e incluso las psicopáticas actuaciones represivas de los cuerpos policiales, la irremediable pérdida de legitimidad de todo tipo de autoridades, la casi absoluta incompetencia y desidia en la actuación de muchas autoridades públicas, los niveles de violencia verbal expresadas en las redes sociales y en los muros de las ciudades, los ataques a los recintos policiales, la represión indiscriminada afectando a ciudadanos ausentes al conflicto, los globos oculares perdidos por cientos de personas, y la enorme cantidad de heridos e incluso muertos, sumado esto al desprestigio de casi todas las instituciones existentes y las crecientes manifestaciones de violencia, ya no solo contra objetos, sino que incluso contra las personas. Ello evoca sensaciones y recuerdos dolorosos de los enormes niveles de violencia que se vivió durante los años 70 al 73, y de la brutal represión dictatorial durante los años posteriores.

De la misma forma, produce indignación, escuchar algunas voces que reclaman y exigen retornar al “orden y la tranquilidad” al precio que sea, dicho explícitamente por algunos: “aunque haya que matar a unos pocos”. Olvidando así la enorme tragedia vivida como país, debido a los miles de familias de asesinados, detenidos y desaparecidos, torturados y exiliados por el golpe militar y la dictadura. Busco explicarme racionalmente esta contradicción vital que experimento, el porqué de mi indignación cuando también siento preocupación. Me pregunto por el cómo hemos llegado a esto. Intentaré proveer de algunas respuestas.

Recurro, en primer lugar a citas de un breve texto que escribí y fue publicado por Alainet,¹ titulado “¿Quiénes son los violentos?”.

Durante 17 años se nos impidió la libre expresión de nuestras ideas. Después se nos impuso una Constitución diseñada para impedir que nuestras visiones de mundo y nuestros proyectos políticos pudiesen abrirse paso y plasmarse en realidades. El ideólogo de este proyecto, fundador de la UDI, Jaime Guzmán lo señaló explícitamente: normas constitucionales que impidan que quienes quieran modificarlas puedan hacerlo. Esa es la camisa de fuerza en que hemos vivido desde que se acabó la dictadura. Hemos tomado por fin conciencia, como pueblo, que la institución que impide avanzar hacia una sociedad más justa e igualitaria es la Constitución que nos rige [...] Se va haciendo cada vez más evidente, que quienes frenan cualquier posibilidad de enfrentar adecuadamente una salida a la más grande crisis política y social que hemos vivido como sociedad, desde hace varias décadas, son los herederos de Jaime Guzmán, asilados en su mayor parte en la UDI y obviamente en Kast y sus seguidores. Pero principalmente es por la ceguera y sordera de los seguidores de la “religión neoliberal”, quienes, en su fanatismo, en realidad “talibanismo”, son incapaces de entender lo que está pasando.

Para ellos si la realidad no cuadra con su modelación del mundo, no hay que cambiar el modelo, sino que la realidad. De allí que crean saber y en realidad no saben nada. En su visión alienada (y casi paranoica) todo lo malo que sucede es culpa de los comunistas. Al parecer no saben aún, que el muro de Berlín cayó en 1989 y que la Guerra Fría se acabó hace varias décadas. Su dogmatismo, expresado en una insensibilidad absoluta a los clamores ciudadanos, los lleva a seguir ocultando la llave para desmontar las trampas constitucionales ideadas por su fundador, presionando a sus socios de coalición y al propio presidente Piñera, pues pretenden evitar a toda costa una asamblea constituyente porque eso eliminaría las restricciones impuestas a la soberanía popular. Su único argumento racional es la seguridad jurídica requerida para atraer la inversión extranjera. Han sido incapaces de darse cuenta que estábamos sentados en un polvorín y pretenden que todos sigamos en lo mismo.[...] Aunque tienen claro que existe un descrédito de la política y los políticos producto del permanente discurso de desvaloración de ella, desde la época del golpe militar e instalado sistemáticamente en el imaginario de nuestra sociedad, no les importa

1. Publicado en Alainet el 15/11/2019. <<https://www.alainet.org/es/articulo/203274>>.

ahora ni antes que la población haya salido a las calles a manifestar su descontento, su malestar, su indignación e incluso su rabia, contra los abusos “naturalizados” en nuestra sociedad. Su propuesta es y ha sido responder con creciente represión al reclamo ciudadano. Sin embargo, las cotidianas manifestaciones masivas extendidas a lo largo de todo Chile son una demostración del profundo malestar y rabia acumulados durante décadas, las que siguen expresadas con humor, creatividad, imaginación, y hasta ahora una incansable perseverancia, pese a la represión descargada por los responsables del orden público de manera indiscriminada sobre esta manifestación legítima de una ciudadanía que se expresa en las calles.

En medio de esta ciudadanía protestando, en sus márgenes propiamente, operan personas y grupos violentos que aprovechando la masividad manifiestan su rabia y rencor anti sistémico, mediante acciones vandálicas de todo tipo, saqueos, atentados incendiarios, destrucción del mobiliario urbano, del patrimonio cultural y de servicios, enfrentamientos contra la policía e incluso golpizas a personas. Para muchos de ellos es la confrontación con el poder y la destrucción de elementos simbólicos del orden social la forma de hacer manifiesto su malestar, su rabia hacia una sociedad que los excluye y margina. Como lo señalaba un adolescente de Sename,² en la protesta, por primera vez, “se siente parte de”, se siente construyendo así una identidad negada por la sociedad de la cual es parte, buscando “dejar de ser noticia y hacer historia”. Estos grupos persiguen provocar el descontrol del accionar de la policía, y lo logran, para justificar así sus actuaciones destructivas e incrementar el descrédito de las fuerzas policiales.

Paralelamente actúan grupos de delincuentes que aprovechan el desborde multitudinario y copamiento de la capacidad represiva de la policía para efectuar de manera organizada saqueos y robos a supermercados, farmacias y todo tipo de comercio. Un sentimiento crecientemente generalizado en nuestra sociedad es que para salir de esta crisis es imprescindible aislar a los violentos. Pero ¿quiénes son los violentos? Es evidente que hay presente, entonces, una violencia activa. Las acciones vandálicas de grupos descontentos y anti sistémicos (lo que en la jerga policial y periodística se denomina como “encapuchados”), siendo este es un primer tipo. El segundo, es la delincuencia organizada capaz de saquear sistemáticamente, durante las noches o mientras se efectúan manifestaciones de protesta, supermercados, cadenas comerciales, farmacias y otro tipo de negocios incluso usando vehículos. Pero hay también, y es necesario hacerlo evidente. Otro tipo de violencia, la violencia pasiva. La violencia que ejerce una minoría que se ha apropiado de la capacidad para poder vetar cualquier avance hacia una sociedad más democrática y justa. Son los seguidores de Jaime Guzmán, aquellos que han hecho uso durante tres décadas de los enclaves autoritarios diseñados por su gurú, para impedir la expresión auténtica de la soberanía popular. Aquellos que se niegan a un plebiscito, aquellos que se niegan a una Asamblea Constituyente, aquellos que se refugian y acuden al Tribunal Constitucional para impedirnos avanzar hacia una sociedad más justa, recordemos su oposición y argumentos contra la Ley de Divorcio, la Ley de Unión Civil,

2. Servicio Nacional de Menores.

la Ley de Aborto en tres causales. Ejercen una violencia encubierta, sibilina e incluso perversa, al pretender imponernos sus valores, su moralidad (¿o inmoralidad?), su visión de mundo, que puede ser la visión de una minoría que legítimamente opta por esos valores y normas para sí mismos, pero que abusa y violenta a quienes no comparten esos valores y normas. En sociedades pluriculturales, en las cuales coexisten cosmovisiones diferentes la ética compartida debe ser una ética de mínimos, una ética compartida, una ética para muchos y no la ética de unos pocos. Y recordemos también que cuando ven afectados sus privilegios no trepidan en recurrir al poder militar, como ya lo han hecho varias veces en nuestra historia.

Termino citando textualmente a Jaime Guzmán, autor intelectual de la actual Constitución y de sus trampas “Ningún derecho humano es absoluto, porque el ser humano no es absoluto (...) los únicos derechos absolutos son los derechos de Dios, de un ser absoluto. Los derechos del hombre, todos, son susceptibles de limitación, sin excepción; partiendo por el derecho a la vida que puede ser limitado o restringido por la pena de muerte, cuya conveniencia o inconveniencia se podrá discutir (...) al ser limitable o restringible el derecho a la vida es evidente que todos los demás pueden serlo.”

No comparto en nada la anterior afirmación, estoy en sus antípodas. El principal avance civilizatorio de la especie humana ha sido el reconocimiento universal de los Derechos Humanos y el reconocimiento del valor absoluto de la dignidad (vida) humana. En función de esa dignidad que todos tenemos, denuncié como una violación de mi dignidad que haya quienes me han impuesto un pacto social que no suscribo y exijo ejercer mi derecho a determinar el cómo y cuándo establezcamos en un diálogo civilizado, mediante un debate democrático, ese nuevo pacto que nos represente e incluya a todos y todas.

Algunas interrogantes

Ya se ha escrito y reflexionado mucho sobre el estallido social chileno,³ en este artículo se busca dar respuesta a algunas interrogantes fundamentales. El primer grupo de preguntas son: ¿qué es lo que genera o explica lo sucedido?, ¿es posible atribuirlo a solamente un factor o es un conjunto de factores interactuantes? El segundo grupo de preguntas es más problemática: ¿por qué desde el pensamiento “políticamente correcto” o desde la academia subordinada intelectualmente al neoliberalismo, fueron incapaces de prever lo que se les venía encima?, ¿por qué, pese a los múltiples estudios e investigaciones que daban cuenta del malestar que se estaba acumulando no hubo capacidad de respuesta para intentar al menos atenuarlo?⁴ La última pregunta es más difícil de responder: ¿cómo es que teniendo en

3. Ver entre otros: Mayol, Alberto (2019). *Big Bang. Estallido social 2019*; Araujo, Kathya (2019). *Hilos tensados: Para leer el octubre chileno*; Herrera, Hugo (2019). *Octubre en Chile. Acontecimiento y comprensión en Chile: hacia un republicanismo popular*.

4. Ver: Contreras, José (2013). “Movilizaciones y protestas estudiantiles y sociales en Chile”; Elizalde, Antonio (2012). “¿Qué está pasando en Chile?: la gran estafa”.

sus manos la posibilidad de mantener incólume la actual Constitución, la derecha política se allanó a realizar un cambio constitucional?

**¿Qué es lo que genera o explica lo sucedido?
¿Es posible atribuirlo a solamente un factor
o es un conjunto de factores interactuantes?**

El modelo chileno

Manuel Gárate Chateau en su libro *La Revolución Capitalista de Chile (1973-2003)*, sostiene que el período 1973-2003 (incluso pudiendo extenderse hasta el primer gobierno de Michelle Bachelet), constituye un solo gran proceso histórico de transformación radical de la sociedad chilena, probablemente el más profundo e irreversible de toda su historia. Sostiene que es una revolución no sólo política o institucional, sino que gestora de un cambio profundo en la cultura, en el sentido común de los chilenos, que sobrepasa el giro estructural en la economía, y que se instala a nivel de las representaciones y de las ideas. El Chile de la sociedad de mercado, del consumo, de la iniciativa privada y del emprendimiento como fetiche, es el resultado de este proceso. Y si bien se observan a nivel global tendencias similares, afirma que Chile constituyó un laboratorio y sino la primera, al menos una de las primeras experiencias de procesos que se han mundializado a partir de la caída del Muro de Berlín.

Fernando de la Cuadra, a su vez lo resume afirmando que:

En pocas palabras, se puede decir que la filosofía central del modelo es dejar el mercado, libre de intervenciones estatales, como el principal mecanismo para la asignación de los recursos, y en definitiva para regir los destinos de la sociedad. Ello supone la reducción de la participación del Estado en el ámbito económico, es decir, dicho ente asume un papel preferentemente pasivo, cuyas acciones se limitan a asegurar los derechos de propiedad y las condiciones de libre competencia de los capitales. Para alcanzar este objetivo se hace necesario desregular los sistemas institucionales y de protección del trabajo, de manera que las fuerzas libres del mercado puedan actuar en toda su plenitud. Los procesos de privatización de empresas públicas son un corolario inevitable de tales supuestos. Por tanto, para quienes propugnan este paradigma, la actividad pública a lo más debe restringirse a corregir los efectos indeseables provocados por el mercado. Sólo como recordatorio, diremos que con base en los postulados anteriores, el gobierno militar dio inicio a una nueva estrategia de desarrollo económico nacional, la cual se sustenta en cuatro ideas centrales: a) El fin de la acción reguladora del Estado; b) La liberalización de los principales mercados; c) La utilización al máximo de las ventajas comparativas; y d) El estímulo a la competencia capitalista (2003:2).

Es innegable que la economía chilena creció de una manera significativa desde fines de los ochenta y que redujo también notablemente los niveles de pobreza y

de miseria extrema que existían al término de la dictadura militar.⁵ Es posible explicar estos logros por el sustantivo cambio que vivió la sociedad chilena y su economía durante el gobierno militar. Chile retornó a lo que había sido hasta la crisis de los años 30, una economía abierta que aprovechó, en este caso, la ola globalizadora, aunque haciendo pagar enormes costos a su población, pero; esto le permitió transformarse en una economía en la cual se logró estabilidad macroeconómica, controlando la inflación y reduciendo el déficit fiscal, se creó un mercado de capitales, se llevó a cabo una activa política de relaciones internacionales apuntando a establecer acuerdos comerciales con la mayoría de los países del mundo, se diversificó e incluso modificó sustantivamente las exportaciones, obteniendo logros casi imposibles de pensar en las décadas anteriores, como ser un país agroexportador, ocupando lugares importantes a nivel mundial en exportaciones frutícolas, papel celuloso y salmón, que vinieron a reducir la importancia histórica del cobre en las exportaciones. Asimismo, se logró mantener durante más de 30 años una política económica, que no experimentó durante todo este tiempo cambios ni fluctuaciones significativas, pese a los cambios de signo político de las coaliciones gobernantes. Parecía un modelo digno de imitar para todos los países en vías de desarrollo o para las economías emergentes. Tanto es así, que los organismos financieros internacionales durante largo tiempo lo ubicaron como el ejemplo para el resto de los países de la región. Parecía que todo iba bien y que pronto Chile iba a comenzar a formar parte del grupo de las naciones privilegiadas del planeta, como lo mostraba su pertenencia a la OCDE.

Resulta, por otra parte innegable que la sociedad chilena tuvo avances considerables en lo que en el imaginario colectivo se considera como progreso. Los siguientes cuadros presentan un conjunto de indicadores que así lo muestra.

Es algo obvio que parte significativa de estos cambios, son atribuibles a los profundos cambios que en la materialidad de su existencia experimentó el conjunto de la humanidad en estas últimas décadas, gracias a los avances civilizatorios. Sin embargo, hay otra parte importante que ha sido originada en los

Cuadro 1. Cambios producidos en Chile entre los años 1970, 1990 y 2015

	1970	1990	2015
Esperanza de vida	62,8	72,7	81,8
Mortalidad infantil	67,6	16,0	7,0
Escolaridad media	6,6	8,6	11,0
Acceso a energía eléctrica	75%	90%	100%
Agua potable urbana	66,5%	97,5%	99,9%
Alcantarillado urbano	31,1%	81,8%	96,7%
Número de vehículos por 100 hab.	5	9	27

Cuadro 2. Cambios producidos en Chile entre 2000 y 2015

Hogares con lavadora	49,9%	66,5%	87,0%
Hogares con computador	17,5%	33,1%	56,9%
Personas usando internet	16,6%	34,5%	64,3%
Personas con celular	18,5%	53,8%	89,3%

5. Al asumir el primer gobierno democrático en 1990, los niveles de pobreza eran de un 45% de la población (Meller, 2000), y la extrema pobreza (indigencia) alcanzaba al 13,7% de la población. Según la CEPAL, la pobreza en Chile al año 2017 era de un 10,7% y la pobreza extrema se había reducido a un 2,3%.

avances que en términos de rápido crecimiento económico experimentó la economía chilena durante un par de décadas.

Nubes en el horizonte

Sin embargo, ya en la década de los 90 del siglo pasado, se comenzaron a publicar textos que daban cuenta de la precariedad del modelo de desarrollo en el cual Chile se había embarcado. El libro de Tomás Moulian publicado en 1997, *Chile Actual: Anatomía de un mito*, daba cuenta de una profunda crítica al sistema de partidos, a los consensos políticos compulsivos, y al consumo como experiencia cultural, deconstruyendo de manera radical a todas las formas de vertebración mercantil que se instalaron en Chile y develando las tecnologías de gobernabilidad usadas para consolidar el modelo heredado de la dictadura. Asimismo, en el libro *El tigre sin selva* de Rayén Quiroga publicado en 1994, se había ya puesto en evidencia la existencia de un proceso de acumulación basado en la explotación inmisericorde de la naturaleza y la exportación de energía barata (recursos naturales y trabajo humano mal pagados).

En el artículo citado anteriormente (Elizalde: 2012), señalé que resultaba inexplicable que en una economía en crecimiento, como la chilena, con una disminución de los niveles de desempleo y con expectativas de mejora de la calidad de vida, y que no había sido afectada tan profundamente como otras por la crisis financiera internacional, para un observador situado en el paradigma hegemónico aparecían como inexplicables los altos y permanentes niveles de movilización social encabezados por los estudiantes universitarios, durante tan largo tiempo.

En un artículo publicado en *Ecuador Debate*, José Lino Contreras, sostuvo que:

Los chilenos de clase media y baja están cansados de las condiciones de abuso que ha instalado la lógica de mercado aplicada en todos los ámbitos de la vida social, donde los detentores del poder financiero lucran excesivamente con la educación, la salud, el transporte, la energía, los fondos para pensiones, etcétera, ofreciendo productos y servicios cuya cantidad y calidad dependen del dinero que se tiene para pagarlos. Por otro lado, con un Estado divorciado de la ciudadanía, aparecen invariablemente en actores políticos hechos de corrupción y desvío de dineros públicos para beneficios individuales y grupales. Por su parte en el sector privado crecen los monopolios y se concentra la riqueza en un grupo reducido de personas (2013: 72).

Mi interpretación personal en el artículo antes mencionado, la daba en su título "la gran estafa"; lo que se había vendido a los ciudadanos chilenos metamorfozados en consumidores por el imaginario neoliberal implantado en Chile, era un producto que no se correspondía con lo que la gente evidenciaba en su vida cotidiana, y al percibir esto se generaba malestar, indignación y rabia. Algo que había anticipado Humberto Giannini:

Y también una indignación al decir: esto ya es suficiente. No hay que confundir violencia con ira. Cuando la gente sale a la calle y a veces hace pedazos su propia ciudad no es pura violencia: es la ira por la marginación y por el arrebato diario; por los derechos que ha perdido. Es una rabia por injusticias acumuladas. La gente está atrapada. Esta es una democracia hipócrita. Y el silencio se empieza a romper. Yo quiero que se rompa la hipócrita democracia de los acuerdos.⁶

En un artículo recientemente publicado, antes del estallido social, dedicado al tema de la memoria y las emociones en las movilizaciones sociales vividas en Chile al comienzo de esta década, Nicolás Ortiz afirmó que:

El movimiento estudiantil del 2011 es hasta la fecha la movilización más grande desde el fin de la Dictadura (Mayol y Azócar, 2011). El alcance e impacto de esta movilización en términos políticos y sociales es todavía difícil de determinar, pero su continuidad a través del tiempo y el proceso de institucionalización en el cual se encuentra actualmente dan cuenta de un fenómeno histórico de relevancia [...] Respecto a los orígenes del movimiento ya se ha escrito de manera profusa (Figueroa, 2013; Fleet y Guzmán-Concha, 2016; Garretón et al., 2011; Jara Ibarra, 2014; Paredes, 2018; Reyes y Vallejo, 2013). Como señalan Paredes, Ortiz y Araya (2018), hay cuatro grandes perspectivas al respecto: por un lado se encuentran aquellas que presagiaron en este ciclo de protesta el derrumbe del modelo (Mayol, 2013) o el advenimiento de un momento pre-revolucionario (Salazar, 2012). Para otros, el 2011 marca el retorno de la Sociedad, la cual vuelve a habitar el espacio político poniendo en jaque la política del consenso de la Transición (Ruiz Encina, 2013). Bajo perspectivas más conservadoras, el 2011 fue el punto culmine de una acumulación de malestar producto del proceso de modernización del país, lo cual implicaría hacer una revisión del devenir de este proceso de modernización sin llevar a virajes revolucionarios (Tironi, 2011). (Ortiz, 2011: 1-2).

¿Por qué desde el pensamiento “políticamente correcto” o desde la academia subordinada intelectualmente al neoliberalismo fueron incapaces de prever lo que se les venía encima?

Algo interesante de destacar es la progresiva aparición y creciente importancia en el Chile modelado, de un grupo social (casta, fracción de clase, grupo de interés), que tuvo su origen hacia fines del gobierno de Eduardo Frei Montalva y que incluso configuraron y se diferenciaron en varias agrupaciones políticas. Muchos de ellos participaron del gobierno de Salvador Allende y tuvieron una activa participación en la lucha contra la dictadura y en la recuperación democrática. Transitando desde posturas de izquierda, más o menos radical hacia posiciones socialdemócratas, y jugando un importante papel en el proceso de la transición. Este fue un grupo

6. “Entrevista a Humberto Giannini”. *Paula*, 20/8/ 2011. Recuperado de: <<https://bit.ly/2XOeFCs>>.

que en función de su experiencia histórica y del aprendizaje realizado respecto a la necesidad de construir coaliciones amplias y de poner un límite a la diferencia, para no repetir la fracasada experiencia de la Unidad Popular y sus dolorosas consecuencias, estableció como una norma vinculante para la nueva coalición gobernante (Concertación) la exigencia de búsqueda de consensos, lo cual significó de hecho buscarlas incluso con los seguidores del dictador y los apologistas del neoliberalismo *in extremis* (Chicago Boys). Se instauró, asimismo, una norma implícita de “la medida de lo posible” como el criterio para procesar la gran cantidad de tensiones derivadas de las expectativas generadas por la recuperación de la democracia, la reparación de las profundas heridas que dejó la represión dictatorial, y la recuperación por parte de los trabajadores de los derechos que habían perdido, frente a las limitaciones al ejercicio del poder, por parte de las nuevas autoridades, que habían quedado como trampas para el ejercicio de una soberanía real, en la constitución elaborada por la dictadura. Ello llevó en muchos casos a desatender la dimensión ética de la política, al primar un exceso de pragmatismo que hizo dejar de lado, la evidente “inmoralidad” de ciertas decisiones, debido al timorato manejo en las relaciones con el dictador y las fuerzas armadas. Casos extremos fueron el de los “pinocheques” (López, 2018; Echeverría y Lutz (2012); la detención de Pinochet en Londres⁷ y el caso Riggs.⁸ Lo anterior fue produciendo un vaciamiento, o más bien desfondamiento de la propia base electoral de la coalición gobernante.

El siguiente texto de José Joaquín Brunner (1998), uno de los principales exponentes intelectuales de este grupo,⁹ da cuenta de este fenómeno que podríamos denominar como el “negacionismo de los teóricos de la modernización” a las ya incipientes manifestaciones de las “fallas” del modelo chileno.

En círculos político-intelectuales de la Concertación existe la imagen de que la sociedad chilena no es feliz ni ha recuperado la alegría. Por el contrario, se sostiene que una gran mayoría de la población vive a disgusto, manifiesta inseguridad, no percibe un real progreso, es presa de temores y malestares y experimenta un sordo desasosiego con su posición presente y una intensa incertidumbre respecto del futuro. En suma, como se ha dicho recientemente: “un difuso malestar recorre Chile”. Desde esta perspectiva, la sociedad chilena aparece envuelta en miedos. “Una sociedad en que todavía buena parte de ella le teme a la competencia, a la que aterroriza ser medida en su productividad, que no sabe bien cómo hacerse cargo de la previsión personal de los infortunios, que piensa que flexibilidad laboral es sólo inseguridad; en tal sociedad la demanda a la democracia es que la proteja ante los riesgos que existen, o que cree que existen o podrían existir. Que la proteja frente a la velocidad de los cambios que producen asincronías entre las exigencias de los mismos y la capacidad

7. “Arresto de Augusto Pinochet”. Recuperado de: <<https://bit.ly/3gC0hWq>>.

8. “Caso Riggs”. Recuperado de: <<https://bit.ly/2XhyuD4>>.

9. Se recomienda leer al respecto la crónica autobiográfica de Mónica Echeverría (2016). ¡Háganme callar!

de adaptarse a ellos y asumirlos. Que la proteja frente a poderes económicos que le parecen –lo sean o no– cada vez más fuertes, y ante los cuales se percibe subjetivamente débil” (1998: 174).

Continúa afirmando que:

Se alega que el malestar sería generado por un modelo de desarrollo que multiplica las desigualdades. Que la gente posea una aguda percepción de las desigualdades no significa, sin embargo, que ellas estén aumentando. Más bien, todo indica que las desigualdades están disminuyendo en general. En efecto, entre 1990 y el año 2000, la esperanza promedio de vida de los chilenos habrá aumentado en 4 años, la mortalidad infantil se habrá reducido a la mitad, los alumnos que asisten a escuelas subvencionadas recibirán una subvención tres veces superior, el rendimiento de las escuelas más pobres se habrá incrementado en 30%, la economía habrá generado un millón de nuevos empleos, los salarios reales se habrán incrementado en un 40%, la pobreza se habrá reducido a la tercera parte, la red vial y urbana será tres veces más densa y el consumo privado habrá aumentado en alrededor de un 60%. Todos esos son indicadores de mayor igualdad y mayores oportunidades. Lo único que en este contexto no habrá mejorado durante la década será la distribución del ingreso monetario de los hogares, la cual sin empeorar se habrá mantenido estacionaria sin embargo. Pero la diferencia de ingresos totales entre los quintiles más rico y más pobre de hogares, una vez computados los gastos del Estado en las familias, será por lo menos la mitad de que lo sería sin ese gasto social focalizado del Estado. Frente a tales antecedentes resulta infundado pensar –y, en el mejor de los casos, exagerado sugerir– que el malestar difundido en la sociedad podría deberse a un incremento de las desigualdades sociales. A lo más, se podría postular que es provocado por una disminución no suficientemente rápida de las desigualdades (especialmente en el plano de las oportunidades de acceso y tratamiento en el caso de servicios esenciales) o, como hacen algunos, por la ausencia de políticas tributarias más fuertemente redistributivas (Ídem: 190).

Resulta evidente de la lectura de los textos antes presentados, que allí se expresa una creencia casi absoluta en las bondades del modelo de acumulación existente en Chile y en la falacia del mejoramiento de las condiciones de vida, gracias al chorro derivado del crecimiento económico.

¿Por qué, pese a los múltiples estudios e investigaciones que daban cuenta del malestar que se estaba acumulando, no hubo capacidad de respuesta para intentar al menos atenuarlo?

Durante los 17 años de existencia de la dictadura, mediante los medios de comunicación masiva, canales de televisión y radioemisoras, así como de la prensa escrita, fue instalándose un imaginario individualista, consumista y de absoluta despreocupación por lo público, en el cual se apuntaba a ceder la responsabilidad por el manejo de la cosa pública, a una tecnoburocracia formada en la visión

neoliberal de la economía y de la política, que apoyada en la expropiación de la soberanía popular por parte de las instituciones armadas buscó instaurar un modelo mediante un proceso durable, denso, y complejo de incorporación y de adaptación nacional de una suerte de recetario internacional del “buen gobierno”. Incorporando de ese modo en el Estado, en las instituciones y en la política chilena mediante procesos de importación, de transferencia y de transnacionalización, experiencias y modelos internacionales de acción pública; pasando así de ser un país modelado por los flujos internacionales que transforman la economía, la política y la acción pública en general, a ser considerados durante largo tiempo, globalmente, como un ejemplo de “buen gobierno” susceptible de ser replicado en otras latitudes. Logrando así transformarse en el discípulo dilecto que logra pasar a ser el ejemplo a mostrar a otros.

De ese modo se pudo terminar de mercantilizar absolutamente la vida social, pues se continuó privatizando y mercantilizando la educación, la salud y la seguridad social. Y la naturaleza que ya había sido mercantilizada¹⁰ continuó inexorablemente perdiendo terreno, durante las décadas posteriores, frente al creciente protagonismo de la monetización extractiva y las rentas de los recursos naturales o rentas ricardianas (rentas que resultan de la calidad particular de los recursos naturales específicos extraídos). Creando de ese modo en vastos sectores del territorio nacional, verdaderas zonas de sacrificio para la población de esos lugares, inmensos monocultivos forestales, y la destrucción incluso de ecosistemas únicos, así como la desaparición de biomas y especies marinas endémicas.

El progresivo cierre, recuperada la democracia, de los medios alternativos hacia fines del período dictatorial, con la responsabilidad en ello de los tecnoburócratas antes mencionados, fue el colofón final, ya que estos pudieron haber contrarrestado la absoluta hegemonía que siguieron teniendo los medios de comunicación masivos controlados por quienes seguían siendo los reales controladores del poder político y económico, pese a la desaparición de la dictadura. De tal modo que fueron instalándose en el imaginario de la sociedad chilena, sin contrapeso ninguno, un conjunto de mitos funcionales a la ideología del crecimiento. Algunos de ellos fueron:

El “éxito”, objetivo de la existencia humana

Hemos experimentado una enorme y casi sistemática explotación, a través de los medios de comunicación, de las imágenes de las personas que se han transformado en “exitosas”, amplificando la admiración por ellas, no por las virtudes que ellos manifiesten en sus conductas, sino por el éxito en sí mismo, aunque esto haya

10. Creo necesario hacer mención a dos libros que denunciaron, ya en los años 90, la acelerada mercantilización de la naturaleza realizada en Chile: Quiroga, Rayén (Ed) (1994). *El tigre sin selva: consecuencias ambientales de la transformación económica de Chile, 1974-1993*; y Marcel Claude (1997). *Una vez más la miseria: ¿Es Chile un país sustentable?*

sido obtenido mediante comportamientos egoístas, insolidarios, irrespetuosos de las personas y de la naturaleza. Culturalmente no hemos enseñado a admirar a las buenas personas, a los que respetan a los otros y son justos, a los que trabajan dignamente y no “hacen trampa”, sino a los que logran sus objetivos sin importar el medio que usen para alcanzarlo. El caso más notable es el del dictador general Augusto Pinochet, quien para un sector importante de la población chilena, especialmente entre amplios sectores de la burguesía nacional, en la propia “familia militar”, y en sectores del mundo evangélico, lo valoran como “un salvador de la Patria” y que de no haberse descubierto que además de asesino era un ladrón,¹¹ posiblemente habrían demandado construirle un monumento.

Hay que ser exitoso y demostrarlo, toda la publicidad de la sociedad hiperconsumista se orienta a hacernos creer eso pero; ¿y qué pasa con esa gran mayoría de personas que no pueden lograrlo? Terminan siendo marginados, desechados, invisibilizados en una sociedad como la chilena que es una sociedad exclusógena y aporofóbica, y donde conforme la “maldición de Malinche”, lo primero que hacen quienes logran algún mejoramiento en sus condiciones de existencia material es comenzar a mirar como un peligro o riesgo, a aquellos con quienes compartía su situación anterior, buscando también identificarse y hacerse parte de quienes “son o han llegado a ser más que uno”.

Cuán válido resulta, para entender las conductas que hoy hacen manifiestas algunos de los grupos más radicalizados en las diversas protestas, el texto de Gilles Lipovetsky, plantea:

Por un lado los jóvenes de los barrios de las grandes ciudades asimilan masivamente las normas y los valores consumistas. Por el otro, la vida precaria y la pobreza les impiden vivir plenamente en las actividades de consumo y las diversiones comerciales. De esta contradicción surge con fuerza un chorro de sentimientos de exclusión y de frustración, al mismo tiempo que comportamientos de tipo delictivo. Puesto que no conocen más que el fracaso escolar y la precariedad, los jóvenes de los barrios problemáticos se despreocupan del trabajo, tienden a justificar la pequeña delincuencia, el robo y los apaños como recursos fáciles para obtener dinero y participar en los modos de vida dominantes con que los bombardean los medios. ¿Por qué alienar su vida y su libertad con un trabajo que les reporta tan poco? Despreciando la condición obrera y la cultura laboral, rechazando la política y el sindicalismo, los jóvenes marginados construyen su identidad alrededor del consumo y de la pasta, de la pinta y del trapicheo. Los jóvenes urbanos reivindican la delincuencia como una forma de vida normal, en un universo percibido como una jungla, en la que ellos no pueden vivir como todo el mundo (2007:70).

Se llegó, incluso, a la expropiación del escaso poder social de los sectores más pobres de nuestra sociedad, expropiándoles el uso del espacio y del tiempo para

11. Ver las referencias a los casos Pinocheques y Riggs antes mencionados.

aquella gran proporción de la población constituida por los sectores de menores recursos, ya que durante la dictadura se había segregado a estos sectores de la población en barrios y comunidades deteriorados y alejados de los espacios donde viven las clases medias y altas de la sociedad. De ese modo, como lo señala Chuaqui (2019), vemos que la segregación espacial constituye uno de los procesos donde la población sufre permanentemente todo tipo de exclusiones y, sobre todo, de estigmas que difícilmente pueden superarse. Este panorama nos muestra la gran desigualdad prevaeciente en las sociedades contemporáneas, como la chilena, plenamente integradas a los procesos económicos y sociales de la globalización, la que parece no tener solución, creando de ese modo una permanente reproducción de la exclusión y la desigualdad.

*El imaginario de la movilidad social ascendente
y la falacia meritocrática*

En la sociedad chilena, al igual que en el resto del mundo, vivimos desde comienzos del siglo pasado, en el contexto de una sociedad y una economía en desarrollo o modernización, hemos vivido inmersos y gobernados por un imaginario que llamaría “de la movilidad social ascendente”. El desarrollo económico y social del país fue producido mediante un proceso constante de abandono del campo para emigrar a la ciudad. Esa fue una de las transformaciones fundamentales que experimentó la sociedad chilena durante las primeras siete décadas del siglo XX, una fuerte y sostenida migración desde el campo a la ciudad dejando de ser una sociedad fundamentalmente rural para transformarse en una sociedad urbana. Según el Censo de 1907 del total de chilenos ascendente a 3'249.279 personas solo 332.724 de ellas vivían en Santiago. Hoy menos del 10% de la población vive en el campo.

En la primera mitad del siglo pasado la ciudad fue la idea fuerza o imagen, el imán que atrajo a la población rural que abandonó el campo y las formas de vida que se experimentaban allí, buscando así un mejor futuro para sí y los suyos. La ciudad aparecía en el imaginario de quienes se desplazaban a vivir en ella, como el espacio de las oportunidades, el espacio de la libertad y la posibilidad de obtener un bienestar y una calidad de vida que en el campo no era posible alcanzar.¹² La mayoría de la población que habita hoy las ciudades en Chile somos urbanitas¹³ de segunda o tercera generación.

Transformada ya nuestra sociedad en una sociedad urbana, esto es desde fines del siglo pasado, y alcanzados ya altos niveles de alfabetismo y de escolarización de la población del país, una nueva idea fuerza se instaló en el imaginario de

12. Es necesario recordar que recién en el año 1967 con la Ley de Sindicalización Campesina, los trabajadores agrícolas comenzaron a recibir el pago de su salario en dinero (metálico).

13. Hago uso de la diferencia que establecen algunos urbanistas entre ciudadano y urbanita. Siendo urbanita la persona que vive acomodada a los usos y costumbres de la ciudad.

la movilidad social ascendente, la universidad y los títulos y profesiones que ella otorga como el canalizador de toda esa energía social orientada a la búsqueda del bienestar. La universidad que había sido gratuita o casi gratuita (en el caso de las universidades tradicionales no públicas, U. Austral, U. de Concepción, UTFSM, Universidades Católicas), fue al igual que la educación en general mercantilizada y transformada en un producto más de una sociedad consumista. El país se llenó de universidades privadas y de universidades regionales. La matrícula en las universidades saltó desde 100.000 estudiantes a fines de los años setenta del siglo pasado a los casi 1'300.000 en la actualidad (se multiplicó 13 veces). Todo esto en un nuevo escenario, la compraventa de profesiones y títulos. Quien buscaba mejorar y progresar social y económicamente debía hacerlo mediante su paso por la universidad. Era ella la que proveía de las redes sociales (amistades, contactos y relaciones), que proveerían a quienes en ella se formaban de las oportunidades laborales que le posibilitarían un mejor futuro que el de sus padres. De modo tal, que este imaginario se instaló con gran fuerza a partir del cambio en la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza promulgada al finalizar la dictadura militar en el año 1990. Las nuevas generaciones se formaron en ese escenario, al cual se le agregaron otros condimentos. Se fue difundiendo y anclando en el imaginario de la sociedad, mediante los medios masivos de comunicación, la publicidad y la propaganda en sus distintas expresiones, los tópicos en las conversaciones cotidianas, las prédicas en las iglesias, los discursos políticos, entre muchos otros, la idea, en realidad el mito, sobre la existencia de una sociedad meritocrática. *Chile es una sociedad en la cual quienes obtienen el éxito, son quienes se esmeran, sacrifican y esfuerzan por alcanzarlo*. Creyendo esto, las personas, aún las más humildes, han hecho esfuerzos inimaginables para poder pagar los ingentes y crecientes costos de matrícula y aranceles en las instituciones de educación superior. Siendo un problema aún mayor el hecho que estos costos se encuentran entre los más altos del mundo.¹⁴

Al comprometer, el pago de la educación superior casi la mayor parte del ingreso familiar de la mayoría de los hogares chilenos –73% de acuerdo al estudio antes mencionado–, se esperaría que efectivamente la sociedad (o su economía) cumpliera la oferta hecha de un mejor trabajo en realización personal y suficientemente remunerado, que permitiera pagar el gasto (inversión dicen los economistas –cuestión que sería efectiva si se cumpliera el supuesto de un mayor ingreso posterior, cuestión que obviamente no se cumple en la mayor parte de los casos–), efectivamente realizado. El endeudamiento personal y familiar impide en muchos casos el poder obtener la autonomía deseable para quien terminó sus estudios de nivel terciario.

¿Es posible confrontar la oferta de un mejor futuro obtenido gracias a un mayor nivel educativo, que se contrarresta con la triste realidad que surge de los da-

14. Ver al respecto: "Triste realidad: Lo que cuesta estudiar en Chile en comparación con otros países del mundo". *The Clinic*. Recuperado de: <<https://bit.ly/3eOqtvb>>.

tos del mundo del trabajo? De acuerdo al análisis realizado por Durán y Kremerman (2019), a partir de los datos entregados por la Encuesta Suplementaria de Ingresos (ESI-2018), se puede concluir que en Chile se registra un considerable atraso salarial:

[...] El 53,1% de los trabajadores gana menos de \$400.000; el 68,9% de los trabajadores gana menos de \$550.000; El 79,8% de los trabajadores gana menos de \$750.000; sólo el 13,3% gana más de \$1.000.000. La ESI 2018, reporta que el ingreso laboral promedio mensual de los chilenos fue \$573.964. Del mismo modo, al revisar la mediana, es decir, el umbral de ingresos/salarios para el 50% de los trabajadores, los resultados la sitúan en \$400.000. Además, el 70% de los trabajadores percibe un ingreso de la ocupación principal por debajo del promedio y sólo un 20% registra ingresos líquidos mayores a \$750.00 [...]. Es importante señalar que en noviembre de 2018, según el Ministerio de Desarrollo Social, la línea de la pobreza por ingresos en Chile para un hogar promedio de 4 personas, es de \$430.763. Si consideramos sólo a los asalariados del sector privado que trabajan jornada completa, el 50% gana menos de \$421.516, esto quiere decir que ni siquiera podrían sacar a un grupo familiar promedio de la pobreza y se hace obligatorio que al menos dos personas trabajen en el hogar [...] Se puede concluir que el 57% del total de ocupados en Chile, no podría sacar a una familia promedio de la pobreza (64% en el caso de las mujeres y 52% para los hombres). En el caso de los asalariados del sector privado, este porcentaje es de un 55% (61% para las mujeres y 51% en los hombres). Y finalmente, en el universo de los asalariados privados que trabajan jornada completa, el 51% se encuentra en esta situación (57% en el caso de las mujeres y 48% en los hombres), lo cual da cuenta de los elevados niveles de precariedad que existen en el mundo del trabajo (2019: 5ss).

La apoliticidad y los “independientes”

Paralelamente, en el escenario antes descrito se instaló, a partir del golpe militar del 73, la idea de la apoliticidad y de la política como un mal necesario. Todo el relato auto-justificativo de la dictadura militar para legitimar su actuación, violatoria de las instituciones y tradiciones que el país se había dado, apuntó a desacreditar el ejercicio de la política y de las instituciones asociadas a ella. Los militares eran “apolíticos”, quienes los apoyaban eran “apolíticos”. Hablar de política o hacer política era antipatriótico. Solo ellos servían desinteresadamente los intereses del pueblo y de la patria (en nuestro caso sirvieron tan desinteresadamente los intereses de la Patria que mantienen un sistema previsional absolutamente diferente del resto de los chilenos, que en promedio les otorga pensiones casi cuatro veces superiores al resto de la población. Dejando de lado el latrocinio ejercido en forma sistemática por el dictador, su familia y sus adláteres). Ese era y es el discurso de todas las dictaduras y de todos los totalitarismos. Lamentablemente ese mito caló muy hondo y sobrevive hoy de manera explícita, en todos aquellos que creen que las sociedades pueden (y deben) manejarse sin el ejercicio de la política y de las

agrupaciones políticas. Una suerte de anarquismo ingenuo que favorece los intereses de aquellos a quienes les interesa preservar el sistema de dominación existente. Todos los grandes avances civilizatorios, de los cuales hoy disfrutamos sin preguntarnos siquiera por su origen, han sido el fruto de las luchas sociales que para plasmarse en derechos, requirieron de organizaciones políticas que impulsaran su institucionalización, su incorporación en la legislación y en las políticas públicas. Ningún derecho social y político ha sido producto de una concesión gratuita de los sectores dominantes. Los derechos humanos de primera y de segunda generación, incorporados en la legislación existente, y muchas veces desconsiderados y desvalorizados desde posiciones pseudo-progresistas y/o de disconformismo radical, y que en muchos casos son mucho más valorados por políticos de derecha, cuando es a los sectores que estos representan a quienes hubo que arrancárselos con largas luchas sociales en que los sectores populares pagaron altos costos humanos y sociales. No se puede, ni debe olvidar que la democracia y los avances democráticos son el producto de una prolongada historia de luchas populares.

El individualismo extremo propugnado por la ideología neoliberal, ha buscado destruir sistemáticamente las formas creadas en aprendizajes colectivos medianamente las cuales las personas han construido relaciones sociales constructivas y sustentables. Una de ellas son las instituciones políticas, creadas para lograr construir acuerdos en sociedades crecientemente más y más complejas, donde la diversidad de actores e intereses en juego son cada vez mayores. No ha sido fácil para los seres humanos diseñar instrumentos que hagan posible coordinar y compatibilizar intereses tan variados en un contexto como el de las formas de gobierno que sucedieron al absolutismo de las monarquías. Los partidos políticos surgieron en paralelo con las instituciones republicanas para expresar los intereses de grupos sociales específicos y proponer visiones del tipo de sociedad que buscaban construir.

La política convertida en un mercado

De un modo similar, al igual que el resto de las actividades humanas en el mercantilismo obsesivo propio del modelo neoliberal, también la política (al igual que en la academia e incluso en la religión), fue transformándose progresivamente en un mercado. Los políticos en el ejercicio de la política transformada en un mercado, comenzaron a transformarse en un producto que se vende a los consumidores, en este caso los electores, debiendo dedicar parte importante de su energía, recursos y tiempo al mercadeo de su figura para estar presentes en las decisiones del elector en el momento de votar. Las elecciones se transformaron así en un negocio más del mundo de la publicidad y del mundo de los medios masivos de comunicación. Los candidatos para poder ser elegidos tuvieron que invertir ingentes recursos monetarios (gastar en el caso de no ser electos), situación que hizo posible el desarrollo de formas de financiamiento por parte de empresas, o grupos de empresas, que por esa vía llegaron a controlar el comportamiento de muchas autoridades elegidas, a nivel parlamentario o municipal. Incluso se hizo público el caso de empresas (tales como el Grupo Penta que operaba como caja financiera de un

partido (UDI), o Soquimich y las empresas pesqueras, como donantes ¿interesados? de candidatos de un amplio espectro). De esta manera, la dignidad republicana que caracterizó a los políticos en el pasado se comenzó a perder, y se produjo una banalización de este quehacer, por la necesidad de aprovechar cualquier espacio para poder hacerse conocido por el público elector. Se comenzó a generar paralelamente un discurso de “lo políticamente correcto”, cuidando cada cual de proyectar la imagen que, según los especialistas en estudios del comportamiento electoral, era necesaria construir ante la opinión pública. Se generó de ese modo una permanente pugna por aparecer públicamente al lado de las figuras que eran más conocidas y valoradas por las encuestas, se hizo de la política un espacio de cotilleo permanente y se transformó así en una permanente farándula, en la cual más que proponer y acordar miradas colectivas sobre el futuro y propuestas de transformación y cambio hacia una sociedad mejor, como se acostumbraba hacer en la política antes del golpe militar, se comenzó a vivir en una permanente pugna en todos los planos, para alcanzar mejores posiciones personales de acceso al poder.

Algo que se fue escuchando crecientemente en las conversaciones cotidianas y en las redes sociales, es que las élites y en particular la clase política, se habían distanciado enormemente de la vida cotidiana de las personas, afirmaciones tales como: “les falta calle”, “nunca han andado en una micro”, “vienen de colegios privados”, “no han hecho nunca una cola en un consultorio”, entre otros. Diversas investigaciones dan cuenta de hechos como los siguientes que fueron ratificando la validez de muchos de esos juicios:

Nosotros tenemos datos que muestran que de todos los diputados, senadores y ministros que hubo entre 1990 y 2016, el 60% de los ministros y el 40% de los congresistas asistió a 14 colegios, todos de Santiago, la mayoría son hombres y provenientes de tres carreras en solo dos universidades. Ese es el espacio de la toma de decisiones en el que se ha movido la institucionalidad en Chile.¹⁵

El mito de la clase media o de las capas medias

De manera similar, se fue instalando progresivamente, gracias al discurso oficial durante la dictadura, y a los sectores proclives a ella, y a los medios controlados por la derecha, el mito de la clase media o de las capas medias. Ello responde en parte a un hecho objetivo cual es el aumento proporcional (absoluto y relativo), de la población ocupada en el sector terciario o de servicios, a la disminución de la población rural, debido al fuerte proceso migratorio desde el campo a las ciudades y al subsecuente crecimiento de la población urbana desde mediados del siglo pasado, todo lo cual se tradujo en un importante proceso de movilidad

15. Entrevista a Matías Cociña. *América economía*. Recuperado de: <<https://bit.ly/2XG1Euo>>.

social ascendente. Aunque desde el punto de vista de una sociedad que no ha logrado resolver la abismante desigualdad socioeconómica que la caracteriza resulta ser una falacia.

El constructo “clase media” actúa como un amortiguador de las diferencias, como un pegamento que posibilita la articulación, mediante una permanente negociación entre intereses tan contradictorios como los del capital y del trabajo asalariado. Se fue paulatinamente instalando así la idea del emprendedor y del empresario, incluso social, asociado al cuentapropismo, a las pymes (pequeñas y medianas empresas), que reúne en su seno, realidades enormemente diversas, aunque posiblemente aparece como la forma más apropiada para enfrentar la inminente desaparición del trabajo-empleo o trabajo asalariado.

Los datos de la realidad, antes presentados, demuestran que no constituyen sino ilusiones y con los que se expone a continuación se hacen más evidentes, pues Durán y Kremerman (2019), en el mismo trabajo ya mencionado, constatan además una compleja realidad y es que se recurre al endeudamiento para compensar los bajos salarios.

De acuerdo a toda la información revisada en los capítulos precedentes, sin duda Chile presenta un considerable atraso salarial y por ello, resulta fundamental indagar en uno de los mecanismos que explica el dinamismo que ha mantenido la demanda interna durante las últimas décadas a pesar de los bajos salarios. Este mecanismo es la deuda. Algunos datos sobre el endeudamiento de los chilenos/as: Según los datos del XXIV Informe de Deuda Personal Universidad San Sebastián-Equifax, se estima que en Chile más de 11 millones de personas están endeudadas, lo que equivale a más del 80% de los mayores de 18 años, de las cuales, 4,6 millones están morosos, vale decir, ni siquiera pueden pagar las deudas que han contraído. Específicamente, el número de deudores morosos entre marzo de 2012 y marzo de 2019 pasó de 1.390.127 a 4.604.770. El monto promedio de la morosidad es de \$1.754.525. Se trata de un fenómeno que ha tomado características estructurales. De hecho, para el tramo de edad entre 25 y 44 años, mientras se contabilizan 3,45 millones de ocupados (tienen trabajo), se registran 2,37 millones de morosos, lo que equivale a casi un 70%. Además, el 73,7% de los morosos a nivel general ha permanecido en morosidad y no salió de esa condición en el último año. Según el Sistema de Cuentas Nacionales del Banco Central de Chile, para el primer semestre del 2019, la deuda total de los hogares asciende a un 73,5% de sus ingresos disponibles anuales. Para el 2003, esta era del 38% [...]. Según los datos de la última Encuesta de Presupuestos Familiares (VIII EPF) del INE, más del 70 % de los hogares está endeudado (gastos mensuales son mayores a los ingresos mensuales) (2019: 19).

Más aún si se toma en consideración la realidad descrita por María Emilia Tijoux (2008), quien señala que la flexibilización laboral chilena se traduce en la precarización del empleo. El trabajo se ha convertido en variable de ajuste para que funcione la economía y en términos reales, en una ventaja comparativa que se suma a los recursos naturales y a la vigencia de un nivel de “governabilidad” ade-

cuado que asegure la “competitividad-país” y condiciones muy estables para los inversionistas. El trabajo precario, caracterizado por la incertidumbre de la flexibilidad que se observa en los modos de contratación y de las externalizaciones que se extienden y masifican, está muy lejos de aquel empleo que hace algunos años los trabajadores esperaban como un resguardo para sus vidas. La flexibilización, la precariedad, las tecnologías de reemplazo de la labor humana como las nuevas formas que adquiere la división del trabajo, no pueden incitar el crecimiento económico e incrementar el bienestar de la sociedad si no consiguen simultáneamente desagregar los lazos que unían a hombres y mujeres en la organización social. De allí entonces la permanencia de una normativa laboral derivada de la dictadura que tiene efectos en la sindicalización, en la fragmentación productiva y en el aumento de las unidades de producción con la consiguiente ausencia de sindicatos que permitan la negociación colectiva de las condiciones laborales. De modo similar, la escuela chilena transformada en dispositivo mercantil, cumple su labor de producción de diferenciación y consolida la producción de la desigualdad social (basta ver la distribución geográfica y social de las mediciones respecto a la calidad). La expansión notable de la educación superior que facilitaría el ingreso a la vida laboral, ha generado un salariado que pese a su “ilustración” se muestra laboralmente inseguro, ya sea directamente por cesantía, por subempleo, por contratos temporales y/o múltiples, por inseguridad ante la jubilación, la protección, o por enfermedad, dependiendo de los aportes que haya entregado a las cuentas individuales de las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP). Se ha instaurado una cultura individualista en la cual cada uno deba enfrentar por su cuenta los riesgos que hacen parte de la vida. Hemos pasado del individualismo colectivo a un individualismo negativo, nos hemos sacudido del primero para cubrirnos con la *des-individualización*, del segundo. Pareciera que el único modo de participar en la vida social, es la posesión de cosas, que termina por entrapar la vida misma, hipotecándola. Los trabajadores estables, aún no precarizados, temen “caer” en esa inseguridad permanente y viven sus vidas con recelo abstrayéndose de la participación que tenían en los colectivos de trabajadores. Vemos que sigue vivo el conflicto de la relación social de explotación y la lucha por el tiempo de la producción expresada en las ganancias y los salarios.

¿Es posible afirmar la existencia de capas o clases medias en un país en el cual el 57% del total de ocupados en Chile no podría sacar a una familia promedio de la pobreza; o en que el 70% de los hogares está endeudado y recurre a tarjetas de crédito para comprar alimentos y llegar a fin de mes?

Creo necesario, además, agregar que habiendo sido Chile un país que tuvo una importante presencia de partidos autodefinidos como de la clase obrera, los cuales incluso jugaron importante papel en la historia chilena durante el siglo pasado (Frente Popular con Pedro Aguirre Cerda y Unidad Popular con Salvador Allende), la sistemática y sangrienta persecución desatada contra ellos durante la dictadura y las transformaciones institucionales dirigidas a dificultar su quehacer político, además de las transformaciones en el imaginario social y en el escenario político hicie-

ron perder presencia y peso a las tradicionales organizaciones sociales de la clase trabajadora, como las centrales sindicales y los partidos de izquierda, como lo habían sido el Partido Comunista y el Partido Socialista.

Las evidencias estaban allí

Oscar Muñoz Gomá (2008), en un artículo titulado “Modelo económico chileno. ¿Del dogmatismo al pragmatismo?” discutió el nuevo énfasis que debiera adquirir la cuestión de la gobernabilidad para el desarrollo en Chile. Inicia su artículo haciendo referencia a la tesis planteado por Aníbal Pinto (1962), en su libro “*Chile un caso de desarrollo frustrado*”, respecto a la asincronía existente en Chile, entre el avance en términos de su desarrollo económico y el de las relaciones sociales y políticas, las cuales avanzaron más rápidamente que los cambios estructurales de la economía, lo cual habría provocado un desequilibrio que se tradujo en la incapacidad de dar respuesta económica a necesidades que se expresaron políticamente. Esto conduciría, según Pinto, a una crisis democrática mayor, que es lo que ocurrió en 1973. A partir de una revisión de lo que ha sido el debate sobre el modelo económico chileno, sostiene que la principal falencia de esta experiencia está en las dificultades para insertar eficazmente a una parte importante de la población de menores recursos en el desarrollo productivo. El desafío no está tanto en el diseño de nuevos instrumentos de políticas, sino en una mejor articulación entre las exigencias de competitividad y de equidad. Ello implica abordar las relaciones entre política y economía, entre Estado y mercado, y el rol de los actores socio-económicos.

Muñoz Gomá constata una suerte de reversión de la tesis de Pinto, ya que pese a un crecimiento económico significativo ello no ha permitido que el desarrollo sea más equitativo debido a un débil desarrollo de la institucionalidad política y social, lo cual ha impedido que los conflictos se expresen. Porque aunque el crecimiento exportador ha sido muy exitoso, se ha traducido débilmente en generar más equidad, debido al fuerte enriquecimiento de la elite económica y a la mantención (sino empeoramiento), de la desigualdad e incremento subjetivo de ella debido a la ostentación de dicha élite, característica reciente de nuestra sociedad. Señala que sólo gracias al importante rol social del Estado y de sus políticas sociales ha sido posible disminuir en forma importante la extrema pobreza. Destaca, también, la notable debilidad que presenta Chile en el ámbito de la educación y el de la competitividad de país debido al escaso dinamismo de su sistema de innovación tecnológica. Este último requiere de recursos humanos altamente calificados que, en la actualidad, no se están generando. Comparado con otros países de desarrollo reciente, nuestra sociedad está mal en casi todos los indicadores. Señala críticamente la ausencia de una estrategia o de una visión sistémica, que defina las relaciones entre el Estado, el mercado y el sector privado; así como el rol de los actores sociales en la formulación de la visión de largo plazo y la inserción de los más débiles; de un modo similar también el rol de la política y la gobernabilidad del mercado. Afirma que lo anterior introduce crecientemente riesgos en relación al tema

de la gobernabilidad, de allí la necesidad de propugnar una profunda reforma del Estado. Hace mención además a la conflictiva y compleja relación entre tecnocracia y clase política.

*Las pautas que conectan (en homenaje a Bateson):
la flexibilización laboral y...*

Como lo han señalado Zabala y Vidal (2019), en el mundo del trabajo, las transformaciones posteriores al golpe cívico-militar, que marcaron el sello neoliberal del modelo de desarrollo instaurado en Chile, impactaron en los lineamientos de la legislación laboral chilena (aún vigente), con base en el llamado Plan Laboral de 1979, mediante la flexibilización del empleo, las restricciones al quehacer sindical y la ampliación de los márgenes de externalización productiva. Esta institucionalidad, dejó desprotegidos a los trabajadores subcontratados en sus derechos sociales y laborales. Frente a ello, en 2007 entró en vigencia la Ley N° 20.123, que regula el empleo bajo ese régimen; con mayor claridad en la definición legal de subcontratación: la organización principal amplía sus responsabilidades respecto de las condiciones laborales de los trabajadores, siendo “solidariamente” responsable por su cumplimiento. La ley avanzó pero no cuestionó la legitimidad del régimen laboral.

En Chile, se observa un aumento sostenido en los últimos 10 años de formas de contratación temporal, desprovista de derechos laborales y bajos salarios favoreciendo la precarización y la desigualdad en el mercado laboral. Lo anterior, en función de las medidas promovidas posteriores al golpe cívico-militar en Chile, que dieron el sello neoliberal al modelo imperante hasta la actualidad. [...] La precarización, expresada entre otros aspectos, en remuneraciones cercanas al umbral de la pobreza y en extenuantes jornadas de trabajo, implica una baja calidad de vida y límites difusos entre los ámbitos personal y laboral, con gran dificultad para conciliarlos. La precariedad aparece naturalizada, no solo en el no ejercicio de los derechos laborales propios; sino en la construcción y realización de la trayectoria y proyecto de vida como responsabilidad única de cada trabajadora. Una trayectoria marcada por la predestinación de lo negativo, una trayectoria subordinada, femenina, funcional a la sociedad de servicios neoliberal (Cárdenas et al., 2014), en pro de la mantención de una estructura marcada por la desigualdad en la distribución de la riqueza (Zabala y Vidal, 2019: 1ss).

La inequidad resultante

Ya en 1998, Jacobo Schatan en un estudio hecho para el Programa Chile Sustentable, había señalado que:

El distanciamiento económico social es cada vez mayor a medida que pasan los años. Entre 1990 y 1996, por cada peso de incremento de los ingresos del 10% más pobre del país, el 10% más rico lo hizo en 40 pesos. Aún si comparamos el medio millón

de habitantes más rico con el medio millón más pobre, tenemos que en 1994 una persona del estrato más rico obtenía ingresos 77 veces mayor que una persona del estrato más pobre, pero en 1996, la diferencia había crecido a 100 veces. En efecto, mientras el ingreso por persona en el estrato más pobre era de ocho mil pesos, en el estrato más rico era de 800 mil pesos.

Esta situación no cambió sustantivamente en los 20 años posteriores. El propio *Mercurio* en un artículo publicado a fines de noviembre de 2019 informó que la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), entregó su informe sobre “Panorama Social para América Latina 2019”, en el cual se realizó, entre otras, una crítica a la participación que hoy tiene el 1% más rico del país en la riqueza e ingresos de Chile, asegurando que se trataría incluso de un número mayor al entregado por las encuestas a hogares que se realizaron en 2015. Y es que en base a información tributaria, desde la CEPAL aseguran que el 1% más rico del país concentra el 22,6% de los ingresos y la riqueza de Chile, un número bastante mayor al 7,5% que se había establecido según encuestas a hogares que se realizaron en 2015:

En el estudio también se hace referencia a la desigualdad calculada en base al índice de Gini, en el cual Chile habría vivido un leve aumento en comparación con los registros de 2014 y 2018, llegando a los 0,454 puntos, lo que de todas formas mantuvo al país un poco más abajo que el promedio de la región, el cual es de 0,464. “Una reducción de la desigualdad requiere que los ingresos de los hogares con menores recursos crezcan a una tasa superior que los ingresos de los hogares con mayores recursos. Todos los países en que la desigualdad se redujo entre 2014 y 2018 muestran un tipo de evolución de los ingresos como la descrita”, explicaron desde la CEPAL. En algunos casos, como los de Chile, Panamá y la República Dominicana, el crecimiento más acelerado de los ingresos de la parte baja de la distribución fue acompañado por incrementos considerables del ingreso a lo largo de toda la distribución (Undurraga, 2019).

¿Cómo es que teniendo en sus manos la posibilidad de mantener incólume la actual constitución la derecha política se allanó realizar un cambio constitucional?

Mi respuesta a esta pregunta es que en un determinado momento después de producido el estallido social y ocurrida la concentración (posiblemente la mayor acontecida en la historia chilena), de más de un millón doscientas mil personas –reconocidas por las autoridades policiales–, habiéndose mostrado en los hechos los costos de haber implantado el estado de sitio, lo cual llevó a su casi inmediato levantamiento; enfrentado a la incapacidad policial para evitar desmanes y saqueos generalizados en distintas ciudades del país, el Presidente Piñera buscó decretar nuevamente ese estado de excepción que le permitía poner a los militares en las calles, pero los militares se negaron a ello porque posiblemente pesaron para

su negativa dos hechos: uno, absolutamente nuevo, un conscripto se negó por razones de conciencia a participar en acciones represivas contra la población, razón por la cual fue arrestado y entregado a la justicia militar, sin embargo, hubo que liberarlo debido a la actuación de la propia institucionalidad, en tanto los tribunales de justicia acogieron un recurso presentado en su favor. ¿Qué pasaría en una institución que requiere para su propia subsistencia la absoluta subordinación al mando, si esta conducta se generalizara? Dos: la detención en Londres del dictador Pinochet demostró que los crímenes de guerra (los militares son habitualmente quienes los cometen), cuando en ellos se encuentra involucrada la violación de derechos humanos, son delitos de lesa humanidad y consecuentemente están sometidos a la actuación de los tribunales internacionales. No existiendo ya la impunidad que en el pasado había para las indiscriminadas actuaciones represivas por parte de las instituciones armadas contra la población civil.

Esta situación, a mi entender, llevó al presidente Piñera a tener que encontrar una salida política a la crisis que se expresaba en las masivas protestas en las calles. De allí que se iniciara una operación política para lograr acuerdos con la oposición y construir así una mayoría parlamentaria suficiente para lograr el altísimo quórum requerido para iniciar un proceso de modificación sustantiva de la actual Constitución. Cuestión a la cual finalmente tuvo que allanarse hasta la UDI, defensora recalcitrante de ella, ante el evidente riesgo de quedar finalmente expuesta y hecha evidente, como el único tapón final para la transformación de una institucionalidad absolutamente desprestigiada.

Se generó así, a mi entender “una singularidad”. Esto es, un fenómeno imposible de prever desde la ciencia política, ni desde otras ciencias sociales, pero que genera una oportunidad única para que por primera vez en la historia de Chile, sea el pueblo soberano quien elabore un nuevo pacto social, que dé cuenta de los enormes desafíos que el futuro nos presenta como sociedad.

Bibliografía

- Araujo, Kathya (Ed.)
2019. *Hilos tensados: para leer el octubre chileno*. Universidad de Santiago de Chile. Santiago.
- Brunner, José
1998. “Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?”. *Estudios Públicos*, N° 72. Recuperado de: <https://bit.ly/3cUo2WP>.
- Claude, Marcel
1997. *Una vez más la miseria: ¿Es Chile un país sustentable?* LOM Ediciones. Santiago.
- Contreras, José
2013. “Movilizaciones y protestas estudiantiles y sociales en Chile”. *Ecuador Debate* N° 89, agosto, CAAP. Quito.
- Chateau, Manuel
2012. *La Revolución Capitalista de Chile (1973-2003)*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Santiago.
- Chuaqui, Jorge
2019. *Estructura social, poder y persona. Un tributo a El Capital de Carlos Marx*. RIL. Santiago.

- De la Cuadra, Fernando
2003. "Reestructuración capitalista, equidad y consolidación democrática en Chile". *Polis*, No. 4. Recuperado de: <https://bit.ly/2MejRko>.
- Durán, Gonzalo y Kremerman, Marco
2019. "Los verdaderos sueldos de Chile. Panorama actual del valor de la fuerza de trabajo usando la ESI 2018". *Estudios de la Fundación Sol. Serie Documentos de Trabajo del Área de Salarios y Desigualdad*, agosto. Santiago. Recuperado de: <https://bit.ly/2AqAlHn>.
- Echeverría, Mónica
2016. *¡Háganme callar!* Ceibo Ediciones. Santiago.
- Echeverría, Mónica y Lutz, Patricia
2012. *Insaciables*. Plaza & Janés. Santiago.
- Elizalde, Antonio
2012. "¿Qué está pasando en Chile?: la gran estafa". *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Social*, N° 116. Recuperado de: <https://bit.ly/2MSnExn>.
- Herrera, Hugo
2019. *Octubre en Chile. Acontecimiento y comprensión en Chile: hacia un republicanismo popular*. Katankura Editorial. Santiago.
- Lipovetsky, Gilles
2007. *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Anagrama. Barcelona.
- López, Mario
2018. "En plena democracia y como consecuencia de los "Pinocheques": El día en que Pinochet ofreció su renuncia a Aylwin". *Cambio 21*. Recuperado de: <https://bit.ly/36RN9bo>.
- Mayol, Alberto
2019. *Big Bang. Estallido social 2019. Modelo derrumbado-sociedad rota-política inútil*. Catalonia. Santiago.
- Moulian, Tomás
1997. *Chile Actual: Anatomía de un mito. LOM-ARCIS*. Chile.
- Muñoz, Oscar
2008. Modelo económico chileno. ¿Del dogmatismo al pragmatismo? En *Chile: ¿de país modelado a país modelo?: una mirada desde la política, lo social y la economía*. De Cea, Maite; Díaz, Paola y Kerneur, Geraldine (Comps.). LOM Ediciones. Santiago.
- Ortiz, Nicolás
2019. "Cacerolazo: emociones y memoria en el movimiento estudiantil 2011". *Polis*, N° 53, octubre. Recuperado de: <https://bit.ly/2TU9iR6>.
- Quiroga, Rayén (Ed.)
1994. *El tigre sin selva. Consecuencias ambientales de la transformación económica de Chile, 1974-1993*. Instituto de Ecología Política. Santiago.
- The Clinic
2015. "Triste realidad: Lo que cuesta estudiar en Chile en comparación con otros países del mundo". Recuperado de: <https://bit.ly/36S349p>.
- Tijoux, María
2008. Alucinación mercantilista, precarización de la existencia y audacia de la Sociología. En *Chile: ¿de país modelado a país modelo?: una mirada desde la política, lo social y la economía*. De Cea, Maite; Díaz, Paola y Kerneur, Géraldine (Comps.). LOM. Santiago.
- Zabala, Gloria y Vidal, Paula
2019. "El Trabajo bajo el neoliberalismo: subcontratación en una universidad estatal chilena". *Polis*, N° 54, noviembre. Recuperado de: <https://bit.ly/2B19qCF>.